



F. GARCÍA JURADO, *Alfredo Adolfo Camús (1797-1889) Humanismo en el Madrid del siglo XIX*, Madrid, Ediciones Clásicas, 2002, 93 pp.

La obrita que aquí reseñamos pertenece a la colección de Ediciones Clásicas que, con el título genérico de «Biblioteca del Humanismo» y dirigida por Tomás González Rolán, pretende poner a disposición de estudiantes y personas cultas en general, estudios rigurosos, breves y de fácil manejo para el conocimiento de los grandes humanistas, así como permitir el acceso directo a pasajes significativos de sus obras. La redacción, hecha con carácter didáctico y conforme a un patrón más o menos invariable por especialistas en cada tema, se debe en este caso a Francisco García Jurado, cuya obra, inserta dentro del Proyecto de Investigación «Las Cátedras de Literatura Griega y Latina de la Universidad Central de Madrid y la Formación Clásica en los autores españoles del XIX», responde a un interés particular del autor por la historiografía literaria grecolatina durante este importante período de la historia española. Al igual que en los restantes volúmenes de la colección, el grueso del estudio —un generoso esbozo de la figura y obra de Alfredo Adolfo Camús (pp. 15-70) junto con una selección de textos que apuntalan los rasgos humanísticos señalados en páginas precedentes (pp. 71-84)— viene enmarcado por dos capítulos: el cuadro cronológico que sitúa en sus coordenadas temporales a dicho autor (pp. 9-13) y una selección bibliográfica referida al mismo que supera el humilde calificativo de selecta (pp. 85-93).

García Jurado, de entrada, con unas «Palabras previas» (pp. 7-8), se admira de lo sorprendente que resulta que todavía no exista un estudio dedicado a este catedrático de literatura griega y latina e intelectual del siglo XIX, tan sólo aludido en función de las personalidades que pasaron por su cátedra; y justifica la necesidad de llevarlo a cabo. En su opinión, la razón básica por la que Camús merece un estudio no es sólo la de servir de homenaje a un profesor que supo dar vida a la literatura clásica en el novedoso contexto de una universidad moderna, sino, sobre todo, la de recalcar lo que supuso su figura para la formación de los intelectuales que disfrutaron de su singular magisterio, representativos de la flor y

nata de la vida cultural y política de su tiempo. Una vez enmarcado Camús en sus coordenadas temporales, en el capítulo II se abordan cuatro aspectos esenciales para entender algunas claves de su personalidad: una visión histórica, una revisión de sus consideraciones estéticas acerca de la literatura latina, un repaso estrictamente filológico, y un esbozo de carácter político. En el primer apartado («Un profesor galdosiano. La Cátedra de literatura latina en la Universidad Central de Madrid» pp. 16-26), a partir de algunos textos galdosianos, se considera la figura del profesor Camús al calor de las nuevas corrientes de la literatura comparada, y en el contexto general de las disciplinas reguladas por el Estado para configurar una universidad laica y moderna, la Universidad Central, hervidero de ideas del Madrid de la época. El segundo bloque («Los apuntes de literatura latina de Pérez Galdós y Canalejas. Las conferencias sobre los humanistas españoles en el Ateneo», pp. 26-42), está concebido como una revisión de sus consideraciones estéticas acerca de la literatura latina a la luz de los apuntes tomados por Pérez Galdós, que presentan el tono lacónico esperable en este tipo de manuscritos, y de los de José Canalejas, algunos de cuyos pasajes bien pudieran captar algo de la gracia que Camús pudo tener en sus explicaciones, caracterizadas por iguales dosis de desenfado y rigor filológico. Se alude, asimismo, a la preferencia del maestro por Plauto y los autores de la Edad de Oro de la literatura latina; y también a las lecciones que impartió en el Ateneo sobre los Humanistas del Renacimiento, tema que da cuenta del renovado interés por recuperar, de acuerdo con el impulso expansivo y avanzado de la época, una parcela tan importante del pensamiento español. Es interesante la referencia galdosiana a tres humanistas latinos admirados por Camús: Juan Luis Vives, Alonso Fernández de Madrigal, apodado «El Tostado», y Erasmo de Rotterdam, pues el hecho de que estas tres figuras pertenezcan a siglos diferentes nos da una idea del carácter histórico y panorámico que debieron tener las conferencias, de las cuales no queda ningún testimonio inmediato. Aunque no deben olvidarse fuentes directas e indirectas tales como los mencionados apuntes de literatura latina, algunos artículos de Camús acerca de Homero, Aristófanes y Afranio, o los

programas de literatura publicados a lo largo de su vida académica, no cabe duda de que el testimonio de Galdós resulta imprescindible para obtener una idea general acerca de las ideas estéticas de Camús sobre la literatura latina y el arte moderno. Una tercera parte estrictamente filológica («Ocio y filología. Raimundo de Miguel, el Marqués de Morante y la cuestión de un fragmento de Afranio», pp. 42-49) se refiere a la importancia que, dada la escasez de obras conservadas, tienen los textos de Camús que han sobrevivido. Al margen de los manuales, debemos destacar cuatro escritos filológicos: «Homero y la ciencia nueva» (1845), los «Estudios de literatura griega. Comedia. Aristófanes» y dos textos circunstanciales recogidos, con gran acierto, por su admirador Menéndez Pelayo: uno de ellos redactado con motivo del hallazgo de una traducción del *Pro Ligario* de Cicerón, y el otro, un comentario acerca de un fragmento de Afranio, escrito cuando el Marqués de Morante y Raimundo de Miguel le animaron a que terciara en una discusión filológica internacional donde Camús, frente al análisis puntilloso de los anteriores, optó por la estrategia bien diferente de valorar el fragmento en el contexto de los demás versos conservados de la comedia *Vopiscus* mediante una construcción arqueológica llena de gracejo. El último apartado («Camús, el último humanista. Las necrologías de «Clarín» y de Menéndez Pelayo. Krausismo y Neocatólicos ante la enseñanza de las humanidades clásicas», pp. 50-71) está dedicado a las cuestiones políticas que podrían dejar traslucir los retratos que de Camús nos dejaron tres de sus grandes admiradores —Galdós, Clarín y Menéndez Pelayo—, ya que cada uno ofrece características bien distintas. Clarín, en la penetrante necrología que escribe a la muerte de Camús, trasciende la mera apariencia histriónica de este profesor para llegar al sentido último de su empeño por hacer que los jóvenes atiendan a sus enseñanzas, y lo hace con una visión de la cultura clásica caracterizada por a) la admiración por los estudios clásicos pero no de una forma exclusiva donde quede fuera lo moderno, b) el rechazo de una docencia estéril y mecánica, de corte escolástico que achaca a la pedantería de los dómynes. Menéndez Pelayo escribe, igualmente, una intensa necrología sobre Camús pero pode-

mos percibir en ella sutiles diferencias políticas con respecto a la visión que de la enseñanza de la cultura clásica expresa Clarín. En Menéndez Pelayo, efectivamente, a) hay una admiración de los estudios clásicos *per se*, pues no valora tanto la actualización, que fue precisamente lo que fascinó a Galdós y Clarín; y b) se da, al igual que en Clarín, el rechazo a una enseñanza no racional, pero los culpables de ello serían no sólo los tradicionales dómynes, sino también la acción de ciertos grupos de poder y, más concretamente, los nuevos ideales educativos krausistas. Además, el comentario de Menéndez Pelayo acerca de la admiración que sobre el Renacimiento tenía Camús, elude claramente cualquier referencia al erasmismo, dato que sí apuntaba Galdós. No sabemos, en definitiva, si el Camús de Galdós es distinto del Camús de Menéndez Pelayo tan sólo por razones ideológicas o también por razones temporales —dada la diferencia cronológica de sus testimonios es posible que se produjera una evolución del pensamiento de Camús—, pero la comparación del texto de Menéndez Pelayo con el contemporáneo de Clarín no deja lugar a dudas sobre la diferencia en los planteamientos políticos de ambos autores, y, en última instancia, de la visión mediatizada que tenemos de Camús. Lo único que puede afirmarse con seguridad es que existe «una relación directa entre la pedagogía de Camús y las preocupaciones intelectuales y políticas de su tiempo, aunque nuestro catedrático jamás persiguió grandes méritos, pues nunca pasó, por así decirlo, de esa humilde trastienda de la vida cultural que tantas veces son las clases» (p. 69). En el capítulo III se efectúa una selección de textos: el primero data de la época en que Camús, siendo flamante catedrático en la universidad de Madrid (un año antes de la creación de la Universidad central), hace referencia a los oscuros años en que estuvieron cerradas las universidades españolas; el segundo texto, «exótica flor en el yermo de nuestros estudios clásicos de entonces», como la califica Fernández Galiano («Humanismo y literatura en el siglo XIX español» en José A. Pérez Rioja et alii, *Humanismo español en el siglo XIX*, Madrid, FUE, 1977, p. 42), se refiere a la ya comentada cuestión filológica del fragmento de Afranio, y el tercero, en fin, alude al hallazgo de la traducción de la *Oración de Cicerón*





a *César por Ligario* por D. Francisco Carrasco, en la que, además de los aspectos propiamente bibliófilos, destaca el vivo retrato que se efectúa de la época de Cicerón y la elegancia sintáctica de la que Camús hace gala. En el capítulo IV, para terminar, se recoge una más que selecta bibliografía, acertadamente dispuesta en dos bloques: 1) obras de Alfredo Adolfo Camús y 2) estudios citados.

Francisco García Jurado, que otras veces ha indagado en la imagen literaria del profesor de latín (F. García Jurado, «El profesor de latín en la literatura española moderna: desde Galdós a Muñoz Molina», *Sociedad de Estudios Latinos, Boletín informativo 11* (diciembre de 1998), pp. 54-62; «La imagen del profesor de latín en la literatura española (de Luis Vives a Antonio Muñoz Molina)» en A. M.^a Aldama, M. F. del Barrio y A. Espigares (Eds), *Noua et uetera: Nuevos horizontes de la Filología Latina*, Madrid, Sociedad de Estudios Latinos, 2002, vol. II, pp. 1261-1274; y F. García Jurado y J. Espino Martín, «*Odi et amo*». *El profesor de latín en la literatura española*, Madrid, en prensa), nos obsesquía en esta sucinta y clara monografía con el retrato de un catedrático de carne y hueso: Alfredo Adolfo Camús, cuya figura ha sido injustamente preterida por la historiografía literaria.

Los tópicos prosísticos que abordan la tradicional figura del profesor de latín ligándole irracionalmente al pasado y enfrentándole a toda forma de modernidad se ven totalmente desmentidos por esta figura real, cuya condición de intelectual ansioso de conocer la belleza dondequiera que estuviera, amando la Antigüedad sin odio a lo nuevo, demuestra la actualidad de su figura en una época en la que las fuerzas vivas del ingenio español contemporáneo se oponen también, con frecuencia, al estudio de los clásicos, atentando a menudo tanto contra el enemigo verdadero como contra quien no lo es. Ello, unido a la admiración que Camús despertara en sus alumnos, y, singularmente, en Galdós, Clarín y Menéndez Pelayo, pilares de nuestra cultura decimonónica cuyo testimonio coincide unánimemente en el elogio de este profesor de literatura clásica, justifica, en última instancia, la redacción de este trabajo. Como apunta García Jurado: «la mejor obra que legó Camús a la posteridad fue la de sus alumnos, en muchos de los cuales sembró el amor por las letras clásicas en calidad de letras vivas» (p. 18); y éste es uno de los juicios más hermosos que se pueden formular acerca de un profesor.

MÓNICA M.^a MARTÍNEZ SAREGO